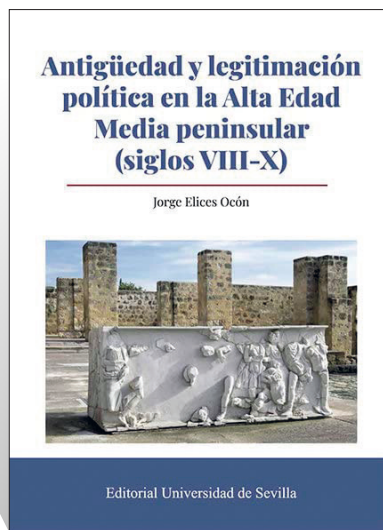


Antigüedad y legitimación política en la Alta Edad Media peninsular (siglos VIII-X)

FICHA BIBLIOGRÁFICA



JORGE ELICES OCÓN. *Antigüedad y legitimación política en la Alta Edad Media peninsular (siglos VIII-X)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2021, páginas 504, ISBN: 978-84-472-3077-8.

Tomás Aguilera Durán | **Universidad Autónoma de Madrid**

POR MUCHO QUE UNA LÍNEA DE INVESTIGACIÓN viva un momento álgido, como son los estudios de recepción de la Antigüedad, siempre habrá parcelas cronológicas y temáticas más desatendidas, y este libro tiene el valor de enfrentar una de ellas. Desde luego, existen trabajos importantes sobre la visión y pervivencia del mundo clásico en la Edad Media hispánica¹, aunque se han dedicado mayoritariamente al periodo bajomedieval y el ámbito cristiano. Esta obra estudia la recepción de la Antigüedad, textual y material, en los primeros siglos del Medievo, dedicando una especial atención a la cultura islámica, lo que constituye toda una rareza. Jorge Elices Ocón (Contratado Ramón y Cajal, CCHS-CSIC) ha dedicado su carrera

1. Ej. Crosas López, 2010.

hasta el momento a esta temática pionera. La base de este libro es su tesis doctoral², aunque tras pasar por un profundo proceso de reelaboración que la ha mejorado decisivamente, por la ampliación de la documentación manejada, la maduración de las propuestas interpretativas y la clarificación de la estructura.

En efecto, la tesis se focalizó en las fuentes andalusíes, pero el presente libro logra un buen equilibrio entre las visiones islámicas y cristianas. Por otro lado, el planteamiento de la tesis era fundamentalmente temático, mientras que, en la publicación, el material se ha reordenado cronológicamente, en cuatro capítulos que se corresponden con cuatro etapas distintivas; esto permite trazar procesos diacrónicos con más claridad, pero también fomentar el análisis de las interconexiones sincrónicas entre ambas realidades culturales.

En la «Introducción» (pp. 15-25), lo cierto es que Elices prescinde de sofisticados alardes teóricos y exhaustivos repastos historiográficos, pero deja claro su planteamiento de fondo: en la línea de la teoría de la recepción, entiende la relación entre las reconstrucciones del pasado, los contextos presentes y las proyecciones de futuro como una interlocución dinámica y transformadora de discursos mutuamente influyentes. Esto incluye nuestro presente, de modo que el investigador debe ser consciente de las inercias ideológicas que han condicionado, en este caso, la investigación reciente sobre la Edad Media peninsular.

El capítulo 1, «La conquista islámica: de Hispania a al-Andalus» (pp. 27-80), parte de la invasión árabe del 711 y trata las décadas inmediatamente posteriores, un periodo oscuro por la escasez de fuentes y por la problemática interpolación posterior de anacronismos y mitificaciones. Más allá de algunos testimonios interesantes sobre destrucciones, saqueos y hallazgos de ruinas, los años de la conquista se caracterizaron por una fundamental continuidad con la etapa anterior en lo que respecta a la relación con el pasado grecorromano: continuó la amortización y abandono de restos, mientras que los fenómenos de reutilización dependieron sobre todo de la utilidad práctica de ciertas infraestructuras (puentes, murallas, acueductos o calzadas). Algo similar ocurrió con los textos; aunque puede rastrearse la existencia de ciertos códices, parece que entre los cristianos hubo un uso muy restrictivo de los libros antiguos, y se mantuvo la tendencia a la epitomización moralista de autores clave. En lo que respecta al mundo islámico, es de gran interés la aplicación del concepto de *Yāhiliyya* («época de la ignorancia»), que sirve para definir la ausencia del islam, y que se tradujo en una concepción etérea y estereotipada sobre el pasado preislámico peninsular. Se plasmaba en ello la voluntad política de inaugurar una etapa nueva a todos los niveles (concretada en el nuevo topónimo, al-Andalus), lo que conllevaba una ruptura radical con la narrativa histórica local. La irrupción de los Omeyas marcó un punto de inflexión en esa dinámica de apropiación física y simbólica del espacio mediante la sistemática reconstrucción o adaptación de estructuras y edificios singulares; es paradigmático el caso de la mezquita de Córdoba, donde se llevó a cabo una masiva reutilización de material antiguo pero aparentemente vacío de significado concreto, con un criterio básicamente estético.

2. Elices Ocón, 2017.

El capítulo 2, «Los primeros esbozos del discurso sobre la Antigüedad» (pp. 81-175), se sitúa entre la segunda mitad del siglo VIII y la primera del IX. El autor constata un cambio fundamental en la visión sobre el pasado preislámico unido al reforzamiento de nuevas realidades políticas, distinguiendo tres grandes discursos. El primero pertenece a los estados cristianos que por entonces cristalizaron en el norte. Ciertos relatos de la conquista, como la Crónica del 754, introdujeron la idea de la predestinación cristiana del dominio peninsular, siempre con una presencia muy limitada de la Antigüedad grecorromana. En ese contexto, los fenómenos puntuales de reutilización de estructuras y materiales romanos y visigodos en las arquitecturas ovetense y catalana no denotan un proyecto ideológico de restauración o continuidad, sino un aprovechamiento movido por criterios constructivos y la búsqueda de cierto prestigio genérico.

En segundo lugar, el discurso islámico se vio marcado por la reorganización del emirato de Córdoba orquestada por 'Abd al-Raḥmān II. En su caso, la legitimidad providencialista provenía de Oriente y la historia de la dinastía omeya, pero se estableció una nueva relación con la Antigüedad occidental, en parte favorecida por la nueva política cultural de recuperación y traducción al árabe de obras clásicas (dinámica que también repercutió subsidiariamente en los reinos cristianos). En la obra de autores andalusíes como 'Abd al-Malik b. Ḥabīb, la península ibérica fue incorporada por primera vez a la historia universal del islam y sus antecedentes. El sistemático y organizado acopio de piezas antiguas en saqueos y remociones para integrarlos en los nuevos monumentos del Estado omeya, rodeado de relatos fabulosos, es otra muestra de las nuevas relaciones con el mundo grecorromano.

Por último, se analiza la narrativa histórica de los cristianos andalusíes. Aquí el autor propugna una desmitificación del papel de los «mozárabes», tradicionalmente presentados por la historiografía nacionalista como un reducto estanco de la cultura clásica, cristiana y visigoda. Las fuentes sugieren una realidad mucho más compleja y porosa de adaptación e intercambio entre las comunidades latino-cristianas y árabe-islámicas. No obstante, a mediados del siglo IX, la presión fiscal a los cristianos, el avance de las conversiones y el clima de confrontación marcado por el fenómeno martirial y los mensajes apocalípticos marcaron un punto de inflexión en estas relaciones. Así, autores como Eulogio y Álvaro de Córdoba reaccionaron reafirmando los vínculos con romanos y visigodos, aún no como discurso político, sino como anclaje histórico de una identidad cristiana que se consideraba amenazada.

El capítulo 3, «La *fitna* y la Antigüedad como arma arrojadiza» (pp. 177-290), avanza hasta el turbulento periodo entre finales del siglo IX y principios del X. Un nuevo contexto de inestabilidad se abrió con la reacción de las élites muladíes contra la centralización cordobesa, el poder fatimí en el norte de África y el avance de los reinos cristianos. Esto propició nuevas actitudes acerca de la Antigüedad que el autor engloba en cuatro discursos fundamentales. En lo concerniente al Estado omeya, los desafíos a su autoridad propiciaron la búsqueda de nuevas fuentes de legitimidad: con el inminente fin del emirato, se reactivaron ciertos símbolos identitarios (como la estrella de Venus) y se incentivó la supuesta relación histórica entre figuras coránicas y el Extremo Occidente para reforzar la predestinación de la hegemonía islámica; así los Omeyas articularon un discurso en el que se erigían como garantes de la ortodoxia y el orden en la Península.

Por su parte, los rebeldes muladíes, herederos de las antiguas élites urbanas ya arabizadas de ciudades tan potentes como Mérida o Toledo, buscaron formas de reivindicar su autonomía. Este es uno de los puntos más originales e interesantes del libro. Las tradiciones triunfantes, astur y omeya, minimizaron y estigmatizaron el papel de estos insurrectos, pero a partir de los detalles contradictorios y fragmentarios de las fuentes, Elices lanza una hipótesis muy sugerente: en estas grandes ciudades existieron tradiciones locales sobre el origen romano-visigodo de sus gobernantes e instituciones, mediante relatos semilegendarios sobre el origen de sus ruinas, héroes y gestas. Frente a la centralización omeya, las élites habrían movilizado y fomentado estas identidades particulares: así se interpreta la presentación de los levantamientos como sublevaciones ciudadanas, asociadas además a topónimos y gentilicios latinos, lo que sugiere la vigencia de cierta memoria histórica colectiva; a esto se añade la insistencia en las reconstrucciones genealógicas de los líderes rebeldes para entroncar con linajes romanos o visigodos, además de la significación emblemática de murallas, puentes y otros monumentos antiguos como vestigios de ese horizonte fundacional.

En tercer lugar, se considera la visión histórica en los territorios de la Marca Hispánica, donde parece que se asumió un discurso fundamentalmente universalista. En esta línea, Elices considera ciertos testimonios de la inquietud intelectual romanista, particularmente el Códice de Gisemundo, y esgrime como indicio político-geográfico la recuperación sistemática de demarcaciones, topónimos y comunicaciones de época romana. En consonancia con el ámbito franco, predominaría en la región una línea discursiva definida por el concepto de *translatio o renovatio imperii*, que perpetuaría la idea de Hispania como parte de un legítimo imperio cristiano —ya fuera romano, bizantino o carolingio— destinado a resurgir.

Por último, en el reino astur de Alfonso III se inauguró un nuevo discurso legitimador que entroncaba con el reino visigodo desde el punto de vista histórico, político y biológico. Se identifican tres factores circunstanciales: la inercia expansiva —con la restitución de los obispados visigodos y la integración de antiguas ciudades—, el debilitamiento de la influencia carolingia —que incentivó el desarrollo de una legitimación propia— y la afirmación del rey ante las disputas dinásticas y la competencia con las noblezas locales. Para entender este discurso es clave la intensa producción historiográfica de la década del 880 (las Crónicas Albeldense, Profética y de Alfonso III), que suponen una selectiva reelaboración del relato sobre la conquista islámica para enfatizar la idea de la continuidad visigoda y la resistencia cristiana, aludiendo por primera vez a Pelayo y la batalla de Covadonga. A esto se añade la inclusión en la Albeldense de un listado de mandatarios romanos, una singularidad en la época que conllevaba retrotraer la fuente de legitimidad hasta el pasado imperial. Los renovados fenómenos de reutilización de materiales arquitectónicos romanos y godos podrían reforzar este mensaje, si bien todavía, aparentemente, sin un programa premeditado y sistemático. Aquí Elices reafirma una idea que tiene una gran trascendencia más allá del Medievo: que el discurso de la Reconquista (o neovisigotista, como él prefiere) fue un constructo político de la segunda mitad del siglo IX, y que no hay pruebas de que existiera antes tal concepto de continuidad y restauración, ni entre los cristianos norteños ni entre los mozárabes, a pesar de lo asumido por la tradición nacionalcatólica.

Por último, el capítulo 4, «El discurso de los califas: auge y caída» (pp. 291-419), se dedica fundamentalmente a la visión andalusí de la Antigüedad durante el siglo X. La instauración del califato por 'Abd al-Rahmān III trajo consigo una total reformulación de la historia de al-Andalus, cuestión poco tratada a pesar de constituir un «discurso complejo, global, ambicioso, moderno e innovador» (p. 395). Se destacan dos obras esenciales, el *Kitāb Hurūshiyūs*, una sorprendente traducción extendida de la *Historia* de Orosio, y el *Tārīj fi ajbār mulūk al-Andalus*, una pionera historia de la Península del andalusí Aḥmad al-Rāzī, que solo se conserva en refundiciones posteriores, pero marcó decisivamente la cronística hispánica, tanto islámica como cristiana.

El objetivo era contrarrestar el neovisigotismo de muladíes y cristianos y legitimar la hegemonía centralizadora del califato omeya, redescubriendo para ello sistemáticamente el pasado más remoto. Por un lado, el novedoso relato construyó una verdadera «geografía histórica del poder» donde se proyectó la configuración política de su presente: el sur y sus principales enclaves (Toledo, Mérida, Córdoba, Sevilla, etc.) habrían constituido siempre el foco del poder y la cultura en la Península, mientras que el norte habría permanecido como un espacio periférico y bárbaro. Entre otras cosas, esto conllevaba una reivindicación del islam y el califato como salvaguardias del saber y la civilización de los antiguos frente al oscurantismo. Por otro lado, esta versión alternativa insistió obsesivamente en el tópico de la naturaleza indómita de los hispanos, de modo que su largo historial de traiciones y revueltas habría desafiado constantemente a sus distintos gobernantes. Destacan especialmente los casos de Numancia y Viriato, cuya historia fue convenientemente adaptada y reubicada en enclaves estratégicos importantes (Zamora y Toledo). Así, proyectando en la Antigüedad las problemáticas recientes, se justificaba la inevitabilidad de la *fitna*, a la vez que se ensalzaba la gesta de la pacificación omeya. En suma, el discurso califal instauró una pionera concepción geográfica, historiográfica y etnográfica que convertía a Hispania en un verdadero sujeto histórico, con pueblos y características propios y un destino político unitario.

El análisis de este relato se complementa con el estudio de las políticas de reutilización estatal de material antiguo, con especial atención a la espectacular colección de estatuas, sarcófagos y epígrafes del complejo palacial de Madīnat al-Zahrā'. Las descripciones de los restos romanos perdieron parte del carácter fabuloso y ganaron concreción, al tiempo que la recopilación de piezas se volvió más selectiva y cuidada. Esto tiene que ver con un mejor conocimiento de la cultura clásica (en especial las ciencias y la astrología), pero también con esa tendencia a integrar y resignificar la Antigüedad preislámica. Aunque el sentido de estas colecciones es esquivo, se intuyen elementos recurrentes, como el protagonismo de Hércules en calidad de héroe civilizador de Occidente y el de Venus, ligada en su faceta astrológica a la dinastía omeya.

Finalmente, se sondea la pervivencia y transformación de ese discurso califal. Si el siglo X constituyó una etapa álgida en las relecturas andalusíes de la Antigüedad, con la caída del califato en el 1031 el pasado remoto perdió su condición de elemento discursivo de primer orden, fragmentándose el material previo en visiones más localistas y centradas en la historia reciente, mientras en el lado cristiano se consolidaba el neovisigotismo con un enfoque cada vez más castellanista.

Las «Conclusiones» (pp. 421-425) son una muy breve y elegante recapitulación de cierre, que, en todo caso, enfatizan una idea principal que atraviesa toda la obra: la reivindicación de la poco conocida multiplicidad de visiones sobre el pasado que coexistieron en los primeros siglos de la Edad Media.

Es este un libro meritorio a muchos niveles. Desde el punto de vista metodológico, hay que valorar positivamente el hábil manejo de una cantidad ingente de información de naturaleza muy diversa, como muestran sus 74 páginas de bibliografía y fuentes primarias. En concreto, creo que uno de sus principales logros es la combinación inteligente y equilibrada de fuentes textuales (códices, crónicas, poemas, tratados geográficos, etc.) y materiales (estatuas, arquitectura, epigrafía, numismática, etc.). Esto es algo desacostumbrado en la bibliografía de referencia, habitualmente más encorsetada, bien en los estudios literarios e historiográficos, bien en la historia del arte. Al utilizar documentación tan diferente y sobre un periodo que adolece de grandes lagunas de información, el contenido podría haber resultado caótico y fragmentado. No obstante, el esfuerzo por establecer conexiones entre distintos tipos de testimonios favorece una visión panorámica e interpretaciones más complejas. El autor mantiene siempre la cautela y rigurosidad analítica, pero también sabe jugar con cierta dosis de imaginación histórica que le permite aventurar hipótesis de calado atrevidas pero convincentes. Ciertamente, el volumen de datos y su dificultad conlleva servidumbres inevitables que afectan al equilibrio de contenido: el foco se dirige claramente a los discursos andalusíes y astures, mientras que los ámbitos navarro, aragonés y catalán tienen una presencia mucho menor en comparación, y quizá no se explican suficientemente los motivos.

En cuanto al estilo, la redacción es muy elegante y clara; lo mismo ocurre con la estructura, cuyo orden es de agradecer ante una documentación tan compleja y abundante. Aunque los capítulos son muy extensos, cada uno se inicia con un anticipo somero de los contenidos y, además, las recapitulaciones son habituales. Asimismo, cada periodo se acompaña de una síntesis sencilla del contexto histórico y los principales debates historiográficos al respecto, ayudando al lector no especializado en esta época. Por otro lado, el autor explicita constantemente los problemas y dudas a los que se enfrenta, una transparencia y honestidad que favorece que el lector se implique y empatice con los retos que presenta esta cuestión.

En el aspecto formal, se trata de una edición austera y, en general, correcta. Las 24 figuras, en blanco y negro, son fundamentalmente fotografías de piezas arqueológicas y elementos arquitectónicos, así como ilustraciones de frescos y manuscritos, todas acordes con el texto y plenamente pertinentes. Ahora bien, solo se incluye un mapa, del contexto de la *fitna*; habría sido positivo contar con más material cartográfico (mapas generales y/o planos de ciudades y monumentos), con el objetivo de que el lector ubicase mejor los enclaves, ruinas y remodelaciones que forman parte esencial del análisis, así como su relación con la geografía de las fronteras y entidades políticas. Asimismo, probablemente habría resultado útil incluir un índice de nombres para el investigador interesado en lugares o personajes específicos.

Por lo demás, este libro es un trabajo valiente, pues sus propuestas interpretativas se involucran en polémicas historiográficas que están lastradas por una pesada carga ideológica. El autor ya está acostumbrado a transitar entre el estudio metódico de las fuentes medievales y la

reflexión personal sobre el presente³; si bien el libro reseñado es eminentemente científico, se impregna de un espíritu crítico y un contenido reflexivo que bien podrían considerarse propios de un ensayo, lo que le aporta un carácter e interés añadidos. Elices contradice decididamente varios tópicos tradicionales, empezando por uno que se sitúa en el núcleo de los estudios de recepción de la Antigüedad: los cristianos no fueron ni los únicos ni los más importantes guardianes y defensores de la cultura clásica en la Alta Edad Media. Partiendo de esa base, el autor centra buena parte de sus esfuerzos en analizar y visibilizar otras perspectivas, como la de los rebeldes muladíes o la del califato omeya, que han pasado muy desapercibidas a lo largo del tiempo a pesar de su particularidad e importancia. Triunfó el discurso de la Reconquista y el esencialismo nacionalcatólico lo impuso como un relato único y, lo que es más grave, una verdad histórica, cuando realmente constituye una «visión de los hechos sesgada y tóxica» (p. 417).

En los últimos años el concepto de Reconquista está experimentando un importante proceso de deconstrucción, tanto en términos históricos como en lo que atañe a su significación ideológica contemporánea⁴, lo que ha tenido cierta repercusión en la esfera pública ante la tendencia de la ultraderecha al revival nacionalcatólico⁵. No es el objetivo de Elices entrar de lleno en ese debate historiográfico, pero de hecho interviene de un modo muy sugestivo: su aportación consiste en demostrar de manera rigurosa que hubo otros discursos sobre el pasado, y que el neovisigotismo no fue ni el más antiguo ni el más importante en esos siglos, antes de convertirse en hegemónico; su contribución es «evidenciar la complejidad, dinamismo y heterogeneidad del escenario peninsular en la Alta Edad Media» (pp. 418-419) frente a visiones reduccionistas, estancadas en las excluyentes narrativas nacionalistas.

Bibliografía

- Ayala Martínez, Carlos, Ferreira Fernandes, Isabel Cristina y Palacios Ontalva, Santiago (2019). *La Reconquista: ideología y justificación de la Guerra Santa peninsular*. La Ergástula.
- Crosas López, Francisco (2010). *De enanos y gigantes: tradición clásica en la cultura medieval hispánica*. Dykinson.
- Elices Ocón, Jorge (2017). *El pasado preislámico en al-Andalus: fuentes árabes, recepción de la antigüedad y legitimación en época omeya (ss. VIII-X)*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- Elices Ocón, Jorge (2020). *Respeto o barbarie: el islam ante la Antigüedad. De al-Andalus a DAESH*. Marcial Pons.
- Fierro Bello, María Isabel y García Sanjuán, Alejandro (eds.) (2020). *Hispania, al-Ándalus y España: identidad y nacionalismo en la historia peninsular*. Marcial Pons.
- Rodríguez Blanco, Patricia (2019). Ni España existía ni la Reconquista es tal y como la cuenta Vox. *El País*, 12 de abril de 2019 [https://elpais.com/elpais/2019/04/11/hechos/1554980000_022524.html] (Acceso: 17/04/2023).

3. Elices Ocón, 2020.

4. Ayala Martínez et al., 2019; Fierro y García Sanjuán, 2020

5. E. g. Rodríguez Blanco, 2019.